

middle-income areas, see Abramo 2001). However, the boundaries between the *favela* and the “asphalt” are unmistakably clear to all despite a massive ten-year program of infrastructure upgrading designed to integrate *favelas* with their surrounding neighborhoods.

Perhaps the most striking finding contesting the premise of advanced marginality is that *favelados* are not “forcibly relegated” to staying in their communities. Of the random-sample “survivors” we re-interviewed, 30 percent live in *favelas*, 37 percent in *conjuntos* (housing projects), and 34 percent in neighborhoods, mostly in the periphery of the city. Among the former community leaders in the sample, only 16 percent are still in *favelas* and 48 percent are in neighborhoods. Our socio-economic analysis shows clearly that moving into neighborhoods is an indicator of upward mobility, so we have robust evidence that the poor (even the black poor) are not consigned to “bounded territories of urban relegation” (Wacquant 1997).

DE LOS “RECURSOS DE LA POBREZA” A LA “POBREZA DE RECURSOS” Y A LAS “DESVENTAJAS ACUMULADAS”

By Mercedes González de la Rocha

Mi contribución a esta discusión necesariamente lleva el sello de las investigaciones que he realizado a lo largo de dos décadas, los ochenta y los noventa, en el México urbano. Se trata de un período de cambios vertiginosos, dos décadas trepidatorias marcadas por las fuertes sacudidas de profundas crisis económicas. Mi búsqueda se aparta de las miradas estáticas para dar cuenta de algunos de los cambios más importantes en la organización social de los grupos domésticos y las familias de escasos recursos en el contexto de las transformaciones en los mercados laborales y, en general, en las estructuras de oportunidades. De manera casi obsesiva, sistemática pero también intuitiva, mis estudios me han llevado a estar inmersa en un constante proceso de reflexión basado en estudios longitudinales y diacrónicos sobre las bases sociales y económicas de la sobrevivencia en situaciones dinámicas que imponen nuevos y constantes retos a los pobres urbanos y a los sectores medios empobrecidos.

Basada en un estudio realizado en 1981–82 (inmediatamente previo al estallido de la crisis de los ochenta), argumenté que el grupo doméstico—poco armónico y caracterizado por diferencias internas de género y generación—es el escenario primario de sobrevivencia en contextos caracterizados por bajos salarios y escasa presencia de un Estado de Bienestar. Esta unidad contradictoria (en donde coexisten el conflicto y la solidaridad) aparecía como el escenario social en donde se instrumentaban mecanismos y “estrategias” de adaptación a los bajos salarios de los “pobres trabajadores” (*working poor*). Los recursos de la pobreza—la capacidad de generar ingresos de distintas fuentes—eran

conseguidos con esfuerzo pero se volvían evidentes al estudiar la vida cotidiana de los pobres urbanos trabajadores (trabajo en empleos de distintos tipos, producción doméstica de bienes y servicios para la venta y para el consumo, ayuda mutua entre amigos, vecinos y parientes). Bajo esa perspectiva, enfatiqué la multiplicidad de recursos en manos de los pobres y la diversidad de fuentes de ingresos que nutrían las economías familiares y domésticas (González de la Rocha 1994).

Estudios posteriores, durante y después de la crisis de 1982, basados en seguimientos al mismo universo estudiado en primera instancia, dieron cuenta de las respuestas familiares y domésticas a la crisis en México. Lejos de tomar las calles en movimientos de protesta, los pobres urbanos "privatizaron" la crisis económica mexicana (Benería 1992; González de la Rocha 1991) a través de mecanismos domésticos y familiares que incluyeron la intensificación del trabajo (más trabajadores por hogar, especialmente mujeres adultas, y más horas de trabajo por trabajador), la reducción y modificación del consumo y el uso más intenso de las redes sociales. Las respuestas familiares y domésticas a la crisis en México pueden ser sintetizadas en más trabajo—en condiciones cada vez más precarias—y menos consumo. La participación de mujeres, niños, jóvenes y viejos (además de hombres adultos) en el mercado de trabajo y los ingresos devengados por éstos (aunque precarios) amortiguaron lo que hubiera sido un efecto aún más devastador de la crisis económica de la llamada "década perdida".

Aunque menos estudiados, sabemos que los sectores medios también sufrieron impactos severos. Los pocos estudios que durante los años ochenta realizaron seguimientos longitudinales sobre las prácticas y patrones de consumo (Jusidman 1987; González de la Rocha 1991, 1995) mostraron que los grupos domésticos de los sectores medios se vieron forzados a hacer modificaciones drásticas en sus patrones de consumo. Mi estudio comparativo de grupos domésticos en Guadalajara y Monterrey (ciudades que ocupan el segundo y tercer lugar en términos demográficos) planteó que las familias de clase media procuraban defender la escolaridad de los hijos—y evitaban enviarlos a trabajos remunerados como lo hacían las familias de los pobres urbanos—a pesar del empobrecimiento cada vez más notorio de sus presupuestos familiares. Paradójicamente, adoptar una estrategia distinta a la de las familias pobres significó, para muchos grupos domésticos de los sectores medios, una medida de empobrecimiento. Aunque mis estudios enfatizaron el costo social de la crisis económica de los ochenta, el resultado de los mismos me llevó a subrayar la capacidad ingeniosa de adaptación de las familias y grupos domésticos al cambio económico. De forma similar a la de otros estudios realizados en otras ciudades latinoamericanas en esta época, mis resultados apuntaron la flexibilidad, adaptabilidad y existencia de opciones y recursos en manos de los pobres.

Los años noventa, por otro lado, nos han forzado a cambiar nuestros enfoques y a modificar nuestros esquemas de análisis. La crisis mexicana de 1994 y el galopante proceso de consolidación del modelo económico neoliberal dejaron al descubierto nuevas y alarmantes condiciones socioeconómicas para toda la población y particularmente para los pobres. La creciente escasez de empleos para las mayorías urbanas ha impreso un nuevo sello a la capacidad de supervivencia de los grupos domésticos. La nueva realidad, he sostenido, no puede ya explicarse con el modelo de “los recursos de la pobreza” porque las familias pobres no pueden intensificar el uso de su fuerza de trabajo ante la falta de empleos. Es necesario un cambio de enfoque puesto que las opciones para los pobres son cada vez más escasas y los límites para la “capacidad ingeniosa de adaptación” son evidentes. He planteado la discusión conceptual de dos modelos: *los recursos de la pobreza*, que se basa en la premisa de que los recursos son “inagotables” (la capacidad de adaptación a través de la intensificación del trabajo, el consumo restringido y el uso de las redes sociales), y *la pobreza de recursos* que plantea que dicha premisa, en el contexto actual, es falsa. Este segundo modelo, el de la pobreza de recursos, subraya que los recursos son limitados y que abundan cada vez más los obstáculos que opciones, los límites que las alternativas. El deterioro producido por el ajuste económico en la capacidad de hacer uso del recurso más importante, la fuerza de trabajo, ha producido severos ajustes privados que yo he intentado entender y explicar en el marco de un *proceso de desventajas acumuladas*. Entre estas, sobresale la creciente incapacidad de formar parte de constelaciones sociales y flujos de reciprocidad y solidaridad, así como la menoscabada capacidad de participar en actividades de auto-provisionamiento (González de la Rocha 2001). Los recursos de los pobres no pueden ser activados y, en efecto, aparecen similitudes claras entre los rasgos sociales y económicos de la marginalidad de antaño con la pobreza de recursos y la incrementada vulnerabilidad del mundo contemporáneo.

Al igual que Bryan Roberts, me pregunto si estamos discutiendo cambios empíricamente observables (en donde los otrora *deviant cases* son ahora menos desviantes y más frecuentes: aislamiento social, “nueva marginalidad”), o si se trata del producto de nuevos enfoques y perspectivas. Mi respuesta es doblemente afirmativa. Hay tanto nuevas situaciones y procesos de cambio como preguntas, enfoques y perspectivas novedosos. Esta nueva plataforma empírica-conceptual nos ha forzado a detectar y empezar a conocer lo que he denominado como *desventajas acumuladas*. Este concepto alude, precisamente, al impacto que la exclusión laboral ha provocado en otros ámbitos de la vida social. Los ajustes privados que han tenido lugar en los espacios domésticos y familiares no han dado a saldos neutros ni, mucho menos, positivos. Por el contrario, estamos observando la suma o acumulación del déficit

y deterioro de las condiciones de sobrevivencia. Este desgaste, desde mi perspectiva, resta a los pobres capacidad de acción y de reacción y los hace mucho más vulnerables.

FROM MARGINALITY TO SOCIAL EXCLUSION: FROM *LAISSEZ FAIRE* TO PERVASIVE ENGAGEMENT

By Bryan R. Roberts

In comparing the urban poverty and marginality of the 1960s with their equivalents today, my assessment is necessarily influenced both by where I began my studies and by where I am doing research today. The contrast is both geographical, as well as in terms of levels of economic development. I began working in Guatemala City in the 1960s, one of the poorest Latin American countries with very low levels of urbanization, but with a rapid and highly concentrated urban growth. Today, I am looking at urban poverty in the Southern cone countries, which, in the 1960s, were already substantially urbanized and industrialized and which, with the exception of Chile, have experienced worsening poverty in recent decades. This highlights one important source of difference in the meaning of the "new" urban poverty in different Latin American countries. In comparison with countries such as Brazil, Central America, Mexico, and Peru, the working- and middle-class populations of Argentina and Uruguay are confronting a much more severe deterioration in living standards, a more dramatic reconfiguration of job opportunities and, importantly, a memory of much better times. The urban populations of many Latin American countries, in contrast, have no "golden" benchmarks in the past with which to evaluate present crises. They have always struggled for survival. The ways in which these differences affect politics and the formal and informal ways in which people cope with crisis pose interesting research topics.

A central issue in analyzing the "new" poverty is whether the change in the concepts that we use reflects a change of reality, a shift in intellectual fashions, or a combination of both. "Social exclusion" replaces marginality as a means of characterizing the situation of the poor, while the term "assets" replaces "survival strategies" to depict the potential of the poor to manage their situation (Kaztman et al. 1999; Moser 1998). Inequality and vulnerability, rather than poverty per se, are seen as the major challenges of the Latin American urban environment. Another key concept that has gained popularity lately is citizenship, which has largely replaced class as a means of analyzing the political struggles of the poor. Citizenship was not a concept that was widely used to capture the dynamic of poverty in the 1960s and 1970s, since, as Gino Germani (1980) argued, marginality was precisely the absence of citizenship.